

se comunican el cielo y el infierno en la conversion y justificacion del pecador con tan contrarios efectos. Cuando las almas se justifican por medio de los Sacramentos, particularmente por la confesion hecha con dolor verdadero, sucede muchas veces que los demonios en algun tiempo no se atreven á parecer delante del penitente, ni en muchas horas tienen ánimo para mirarle, si él mismo no les da fuerzas con ser desagradecido, convirtiéndose luego á los peligros y ocasiones del pecado; que con esto pierden los demonios el miedo que les puso la verdadera penitencia y justificacion.

305. En el cielo no puede haber tristeza ni dolor; pero si esto fuera posible, de ninguna cosa de las del mundo la tuvieran los Santos, si no es de que el justificado vuelva á caer y perder la gracia, y de que el pecador se aleje mas, y se vaya imposibilitando para adquirirla. Tan poderoso es el pecado de su naturaleza para conmover el cielo con dolor y pena, como lo es la virtud y penitencia para atormentar el infierno. Atiende, pues, carisima, en qué peligrosa ignorancia de estas verdades viven comunmente los mortales privando al cielo del gozo que recibe de la justificacion de cualquiera alma; á Dios de la gloria exterior que le resulta, y al infierno de la pena y castigo que reciben los demonios; por lo que se alegran de la caída y perdicion de los hombres. De tí quiero trabajos como fiel y prudente sierva en recompensar estos males con la ciencia que recibes. Y procura llegar siempre al sacramento de la Confesion con fervor, aprecio y veneracion, y con íntimo dolor de tus culpas; que este remedio es para el dragon de gran terror, y se desvela mucho en impedir á las almas y engañarlas astutamente, para que reciban este Sacramento tibiamente, por costumbre, sin dolor, y sin las condiciones que conviene recibirle. Esto procura el demonio, no solo para perder las almas, sino tambien por excusar el tormento que recibe de ver un penitente verdadero y justificado, que le oprime y confunde en la malignidad de su soberbia.

306. Sobre todo esto te advierto, amiga mia, que aunque es verdad infalible que estos dragones infernales son autores y maestros de la mentira, y que tratan con los hombres con ánimo de engañarlos en todo, y con duplicada astucia pretenden infundirles siempre el espíritu de error con que los pierden; con todo eso, cuando estos enemigos en sus conciliábulos confieren entre sí las fraudulentas determinaciones con que engañarán á los mortales, entonces tratan algunas verdades que conocen y no las pueden negar; porque todas las entienden y las comunican, no para ense-

ñarlas á los hombres, sino para escurecerlos en ellas, y mezclarlas con errores y falsedades que sirven para introducir sus maldades. Y porque tú en este capitulo y en toda esta Historia has declarado tantos conciliábulos y secretos de la malicia destas serpientes malévolas, están indignadissimas contra tí; porque juzgan que jamás llegarían estos secretos á noticia de los hombres, ni conocerían lo que contra ellos maquinan en sus juntas y conferencias. Por esta causa procuran tomar venganza de la indignacion que han concebido contra tí; pero el Altísimo te asistirá, si tú le llamas y procuras quebrantar la cabeza del dragon. Pide tambien á la clemencia divina que estos avisos y doctrina que te doy se logre en el desengaño de los mortales, y que les dé su divina luz para que se aprovechen deste beneficio. Y tú procura la primera corresponder de tu parte con toda fidelidad, como la mas obligada entre todos los hijos deste siglo; pues al paso que recibes mas, seria mas horrible tu ingratitude, y mayor el triunfo de tus enemigos los demonios, si conociendo su malignidad, no te esfuerzas á vencerlos con la proteccion del Altísimo y de los Ángeles.

CAPÍTULO XVI.

Conoció María santísima los consejos del demonio para perseguir á la Iglesia; pide el remedio en la presencia del Altísimo en el cielo; avisa á los Apóstoles; viene Santiago á predicar á España, donde le visitó una vez María santísima.

Creían los demonios que sus consejos se le ocultaban á María. — Con cuánta claridad los vió todos la Madre de Dios. — Cuidado y dolor que tuvo con este conocimiento, y razon de tenerlo. — Providencia admirable con que prevenia el remedio, y consuelo de sus hijos en los trabajos que les amenazaban. — Caridad con que deseaba padecer ella por todos los hijos de la Iglesia. — No conoció en particular lo que los demonios arbitraron contra ella, y razon de ocultársele. — Oracion de María pidiendo licencia para presentar sus peticiones por la Iglesia. — Éxtasis en que vió á su Hijo á la diestra de el Padre pidiéndole la concediese lo que pedia. — Fue llevada en cuerpo y alma al cielo, y puesta ante el trono de la santísima Trinidad. — Volvió Cristo á presentar al Padre las peticiones de María, como en obediencia de su Madre. — Respuesta del eterno Padre mostrándose inclinado á conceder cuanto le pidiese María. — Peticiones que hizo la Madre de Dios por la Iglesia contra la persecucion que prevenian los demonios. — Respuesta del Padre levantando á María á su trono para comunicarla los secretos de su divino consejo en el gobierno de la Iglesia. — Fue levantada al trono del gran consejo y colocada á la diestra de su Hijo. — Ponderacion de esta maravilla. — Inconstancia del juicio de las mujeres. — Con cuánta eminencia estuvo fue-

ra de su ley comun la Madre de Dios. — Declaró otra vez María en el trono sus deseos y peticiones. — Razon de este género de consulta de la santísima Trinidad con María en los secretos de el gobierno de la Iglesia. — Luz clarísima que entonces se le dió de todo lo que en la Iglesia militante convenia obrar y disponer. — Recompensó María con su dolor y compasion de lo que habian de padecer los Apóstoles, lo que ella deseaba padecer. — Concedióla el Señor que pelease de nuevo con los demonios y triunfase dellos para bien de la Iglesia. — Previno los Apóstoles que estaban en Jerusalem para la persecucion que contra ellos armaba el demonio. — Envió á sus Angeles á prevenir los ausentes. — Señaladamente envió á prevenir á san Pablo. — Manifestáronseles los Angeles en forma visible. — Esfuerzo con que respondieron. — Venida de Santiago el Mayor á España. — Qué año y mes fue. — Camino por donde vino, y su entrada en España. — Fue Santiago de los carísimos y mas privados de la Madre de Dios. — Señalóse en íntima devocion y veneracion á María. — Esfuerzo y magnanimidad de Santiago en su predicacion. — Cuán grandes fueron los trabajos que padeció en España y la Asia Menor por donde volvió á Jerusalem. — Defendióle María por medio de sus Angeles de grandes peligros. — Muchas veces el Señor le envió de los cielos Angeles que lo defendiesen y lo llevasen de unas partes á otras. — Dos veces vino la Madre de Dios en persona á visitarle á España. — Primera venida de la Madre de Dios á España á la ciudad de Granada. — Habia en Granada algunas sinagogas de judíos. — Engaños con que los tenia prevenidos el demonio, para que no permitiesen se predicase la ley de Cristo. — Resistencia que hicieron al Apóstol los judíos en Granada. — Entró Santiago predicando con doce discípulos. — Martirizaron á uno en la persecucion. — Convirtieron gran número de infieles. — Prendieron los judíos á Santiago y sus discípulos, y los sacaron de la ciudad para darles muerte. — Oracion que hizo Santiago á la Madre de Dios en este conflicto. — Miraba María en vision cuanto por Santiago pasaba, y en ella oyó su oracion. — Ternura con que se inclinó á defenderle, y prudencia con que reguló con la voluntad divina su deseo. — Mandó Cristo á los Angeles ejecutasen el deseo de su Madre. — Forma en que la trajeron los Angeles. — Solo Santiago la vió. — Palabras que dijo al Apóstol la Madre de Dios. — Á su voz se desataron las prisiones de los Martires, los judíos cayeron en tierra sin sentidos, y los demonios fueron arrojados al infierno. — Ordenó María á Santiago su peregrinacion por España, y le dejó cien Angeles de los de su guarda que le encaminasen y defendiesen. — Dejó el Apóstol algunos discípulos en Granada, que despues padecieron martirio. — Su peregrinacion por España. — Cuán grande fue el fruto que hizo en ella con su predicacion. — Advertencia para que no turbe la variedad y encuentro de opiniones que hay en los autores sobre muchas cosas de las que en esta Historia se escriben. — Cuán grande y singular fue la maravilla de levantar Dios á María á su trono para consultarla los decretos de su sabiduría y voluntad. — Fue este favor efecto y premio de la caridad de la Madre de Dios. — Muchas veces fue levantada en carne mortal al trono de la santísima Trinidad. — Efectos que recibia deste favor. — Palabras que la decia el eterno Padre, en que se declara la eminencia deste beneficio. — Dispuso con él Dios por admirable modo que nada se ejecutase en la Iglesia que no fuese por disposicion de María. — Declárase el efecto de caridad con que deseó María padecer todos los trabajos de la Iglesia. — Ór-

den con que en esta ocasion se le manifestaban á María los decretos y sacramentos ocultos de la sabiduría infinita. — Cuán fructuosos son los deseos santos, aunque sea de lo que no se puede ejecutar. — Declárase en los afectos de María acerca de la justificacion de los pecadores. — Exhortacion á la caridad y celo de la salvacion de las almas con el ejemplo de lo que Cristo y su Madre hicieron en vida mortal.

307. Cuando Lucifer con sus principes de las tinieblas, despues de la conversion de san Pablo, estaban fabricando la venganza que deseaban tomar de María santísima y de los hijos de la Iglesia (como queda dicho en el capítulo pasado), no imaginaron que la vida de la gran Reina y Señora del mundo penetraba aquellas obscuras y profundas cavernas infernales y lo mas oculto de su consejo de maldad. Con este engaño se prometian aquellos cruentísimos dragones mas segura la vitoria, y la ejecucion de sus decretos contra ella y contra los discípulos de su Hijo santísimo. Mas la beatísima Madre desde su retiro estuvo mirando en la claridad de su divina ciencia todo cuanto conferian y determinaban estos enemigos de la luz. Conoció todos sus fines, y los medios que arbitraron para conseguirlos; la indignacion que tenian contra Dios y contra ella, y el mortal odio contra los Apóstoles y los demás fieles de la Iglesia. Y aunque junto con esto consideraba la prudentísima Señora que los demonios nada pueden ejecutar de su malicia sin permission del Señor; pero como la batalla es inexcusable en la vida mortal, y conocia la fragilidad humana y la ignorancia que tienen los hombres, por ley comun, de la maliciosa astucia con que los demonios solicitan su perdicion, dióle grande cuidado y dolor el haber visto los acuerdos y consejos tan alevosos como los enemigos tomaban para destruir á los fieles.

308. Con esta ciencia y caridad eminentísima, participada tan inmediatamente de la del mismo Señor, se le comunicó tambien otro linaje de actividad infatigable, semejante al Ser divino, que siempre obra como acto purísimo; porque continuamente la diligentísima Madre estaba en actual amor y solicitud de la gloria del Altísimo, y del remedio y consuelo de sus hijos: y en su pecho castísimo y prudentísimo conferia los misterios soberanos; lo pasado con lo presente, y todo con lo futuro, previniéndolo con discrecion y providencia mas que humana. El ardentísimo deseo de la salvacion de todos los hijos de la Iglesia, y la compasion maternal que sentia de sus trabajos y peligros, la solicitaba para hacer propias suyas todas las tribulaciones que á ellos amenazaban; y cuanto era de parte de

su amor, deseaba padecerlas ella por todos si fuera posible, y que los demás seguidores de Cristo trabajaran en la Iglesia con gozo y alegría, mereciendo la gracia y vida eterna; y que las penas y tribulaciones de todos se convirtieran contra ella sola. Y aunque esto no era posible en la equidad y providencia divina, mas los hombres debemos á la caridad de María santísima este raro y maravilloso afecto, y que tal vez condescendiese con él en efecto la voluntad de Dios para satisfacer á su amor, descansarle en sus ansias, padeciendo ella por nosotros, y mereciéndonos grandes beneficios.

309. No conoció en particular lo que contra ella arbitraban los enemigos en aquel conciliábulo; porque solo entendió era contra ella su mayor indignacion. Y fue disposicion divina ocultarle algo de lo que determinadamente prevenian, para que despues fuese mas glorioso el triunfo que del infierno habia de alcanzar, como adelante diremos ¹. Tampoco era necesaria esta prevencion de las tentaciones y persecuciones que habia de padecer la invencible Reina, como lo era en los demás fieles, que no eran de corazon tan alto y tan magnánimo, de cuyos trabajos y tribulaciones tuvo mas expreso conocimiento. Y como en todos los negocios acudia á la oracion para consultarlos con el Señor, como enseñada por la doctrina y ejemplo de su Hijo santísimo, hizo luego esta diligencia retirándose á solas; y con admirable reverencia y fervor postrada en tierra como solia, hizo oracion, y dijo:

310. *Altísimo Señor y Dios eterno, incomprehensible y santo, aquí está postrada en vuestro acatamiento esta humilde sierva y vil gusano de la tierra: suplicoos, Padre eterno, por vuestro Unigénito y mi Señor Jesucristo, no desecheis mis peticiones y gemidos, que de lo íntimo de mi alma presento delante de vuestra caridad inmensa, y con la que salida del amoroso incendio de vuestro pecho habeis comunicado á vuestra esclava. En nombre de toda vuestra Iglesia santa, de vuestros Apóstoles y siervos fieles presento, Señor mio, el sacrificio de la muerte y sangre de vuestro Unigénito; el de su cuerpo sacramentado; las peticiones y oraciones que ofreció á Vos aceptas y agradables en el tiempo de su carne mortal y pasible; el amor con que tomó la forma de hombre en mis entrañas, para redimir al mundo; el haberle traído en ellas nueve meses, y criado y alimentado á mis pechos: todo lo presento, Dios mio, para que me deis licencia de pedir lo que desea mi corazon á vuestros ojos patentes.*

311. En esta oracion fue la gran Reina elevada con un divino

¹ Infr. á n. 312.

éxtasis en que vió á su Unigénito, como pedia al eterno Padre, á cuya diestra estaba, que concediese lo que pedia su Madre santísima, pues todas sus peticiones merecian ser oidas y admitidas; porque era su Madre verdadera, y en todo agradable en su aceptacion divina. Vió tambien como el eterno Padre se daba por obligado, y se complacia de sus ruegos, y que mirándola con sumo agrado, la decia: *María, hija mia, asciende mas alto*. Á esta voz del Padre descendió del cielo innumerable multitud de Ángeles de diferentes órdenes; y llegando á la presencia de María santísima la levantaron de la tierra donde estaba postrada, y pegado el rostro con ella. Luego la llevaron en alma y cuerpo al cielo empireo, y la pusieron ante el trono de la beatísima Trinidad, que se le manifestó por una vision altísima, aunque no fue intuitivamente, sino por especies. Postróse ante el trono, y adoró el ser de Dios en las tres divinas Personas con profundísima humildad y reverencia; y dió gracias á su Hijo santísimo por haber presentado su peticion al eterno Padre, y le suplicó lo hiciese de nuevo. Su Majestad soberana, que á la diestra de el Padre reconocia por digna Madre á la Reina de los cielos, no quiso olvidar la obediencia que en la tierra le habia mostrado ¹; antes en presencia de todos los cortesanos renovó este reconocimiento de Hijo, y como tal presentó de nuevo al Padre los deseos y ruegos de su beatísima Madre, á que respondió el mismo Padre eterno, y dijo estas palabras:

312. *Hijo mio, en quien mi voluntad santa tiene la plenitud de mi agrado ², atentos están mis oidos á los clamores de vuestra Madre, y mi clemencia inclinada á todos sus deseos y peticiones; y volviéndose á María santísima, prosiguió y dijo: Amiga mia y hija mia, escogida entre millares para mi beneplácito, tú eres el instrumento de mi omnipotencia y el depósito de mi amor; descansa en tus cuidados, y dime, hija mia, lo que pides, que mi voluntad se inclina á tus deseos y peticiones santas en mis ojos. Con este beneplácito habló María santísima, y dijo: Eterno Padre mio y Dios altísimo, que dáis el ser y conservacion á todo lo criado, por vuestra santa Iglesia son mis deseos y súplicas. Atended piadoso, que ella es la obra de vuestro Unigénito humanado, adquirida y plantada con su misma sangre ³. Contra ella se levanta de nuevo el dragon infernal con todos vuestros enemigos sus aliados, y todos pretenden la ruina y perdicion de vuestros fieles, que son el fruto de la redencion de vuestro Hijo y Señor. Confundid los consejos de maldad de esta antigua serpiente, y defended á*

¹ Luc. II, 51. — ² Matth. XVII, 5. — ³ Act. XX, 28.

vuestros siervos los Apóstoles y á los otros fieles de la Iglesia. Y para que ellos queden libres de las asechanzas y furor de estos enemigos, conviértanse todas contra mí, si es posible. Yo, Señor mío, soy una pobre, y vuestros siervos muchos; gocen ellos de vuestros favores y tranquilidad, con que hagan la causa de vuestra exaltacion y gloria, y padezca yo las tribulaciones que á ellos amenazan. Yo pelearé con vuestros enemigos, y Vos con el poder de vuestro brazo los venceréis y confundiréis en su maldad.

313. Esposa mía, y mi dilecta (respondió el eterno Padre), tus deseos son aceptos en mis ojos, y tu peticion concederé en la parte que es posible. Yo defenderé á mis siervos en lo que para mi gloria es conveniente, y les dejaré padecer, en lo que para su corona es necesario. Y para que tú entiendas el secreto de mi sabiduría con que conviene dispensar estos misterios, quiero que subas á mi trono, donde tu caridad ardiente te da lugar en el consistorio de nuestro gran consejo y en la singular participacion de nuestros divinos atributos. Ven, amiga mía, y entenderás nuestros secretos para el gobierno de la Iglesia, y sus aumentos y progresos: y tú ejecutarás tu voluntad, que será la nuestra, como ahora te la manifestaremos. Á la fuerza de esta suavísima voz conoció Maria santísima como era levantada al trono de la Divinidad y colocada á la diestra de su unigénito Hijo, con admiracion y júbilo de todos los bienaventurados, que conocieron la voz y voluntad del Todopoderoso. Y de verdad fue cosa nueva y admirable para todos los Ángeles y Santos ver que una mujer en carne mortal fuese levantada y llamada al trono del gran consejo de la beatísima Trinidad, para darla cuenta de los misterios ocultos á los demás, y que estaban encerrados en el pecho del mismo Dios para el gobierno de su Iglesia.

314. Grande maravilla pareciera, si en cualquiera ciudad de el mundo se hiciera esto con una mujer, llamándola á las juntas donde se trata del gobierno público. Y mayor novedad fuera introducirla en los estrados y juntas de los supremos consejos, donde se confieren y resuelven los negocios públicos, de mayor dificultad y peso para los reinos y para todo su gobierno. Con razon pareciera esta novedad poco segura, pues dijo Salomon ¹, que anduvo inquiriendo la verdad y la razon entre los hombres, y de los varones halló uno entre mil que la alcanzaba; pero de las mujeres ninguna. Son tan pocas las que tienen el juicio constante y recto, por su natural fragilidad, que por orden comun de ninguna se presume; y si hay algu-

¹ Eccles. vii, 28, 29.

nas, no hacen número para tratar negocios arduos y de gran discurso, sin otra luz mas que la ordinaria y natural. Esta ley comun no comprehendia á nuestra gran Reina y Señora; porque si nuestra madre Eva comenzó como ignorante á destruir la casa de este mundo que Dios habia edificado; María santísima, que fue sapientísima y madre de la sabiduría ¹, la reedificó y renovó con su incomparable prudencia, y por ella fue digna de entrar en el acuerdo de la santísima Trinidad, donde se trataba este reparo.

315. Allí fue preguntada de nuevo de lo que pedia y deseaba para sí y para toda la Iglesia santa, en particular para los Apóstoles y discípulos del Señor. La prudentísima Madre declaró otra vez sus fervorosos deseos de la gloria y exaltacion del santo nombre del Altísimo, y del alivio de los fieles en la persecucion que contra ellos fraguaban los enemigos del mismo Señor. Y aunque todo esto lo conocia su infinita sabiduría, con todo eso la mandaron á la gran Señora lo propusiese, para aprobarlo y complacerse dello y hacerla mas capaz de nuevos misterios de la divina Sabiduría y de la predestinacion de los escogidos. Para manifestar y declararme en lo que deste sacramento se me ha dado á entender, digo, que como la voluntad de María santísima era rectísima, santa, y en todo y por todo sumamente ajustada y agradable á la beatísima Trinidad, parece (á nuestro modo de entender) no podia Dios querer cosa alguna contra la voluntad de esta purísima Señora, á cuya inefable santidad estaba inclinado, y como herido de los cabellos y de los ojos de tan dilecta Esposa ², única entre todas las criaturas; y como el eterno Padre la trataba como á Hija, el Hijo como á Madre, el Espíritu Santo como á Esposa, y todos la habian entregado la Iglesia confiando de ella su corazon ³; por todos estos títulos (*) no querian las tres divinas Personas ordenar cosa alguna en la ejecucion sin consulta y sabiduría, y como beneplácito de esta Reina de todo lo criado.

316. Y para que la voluntad del Altísimo y la de María santísima fuese una misma en estos decretos, fue necesario que la gran Señora recibiese primero nueva participacion de la divina ciencia y ocultísimos consejos de su providencia, con que en peso y medida dispone todas las cosas de sus criaturas ⁴, sus fines y medios con suma equidad y conveniencia. Para esto se le dió á María santísima en aquella ocasion nueva luz clarísima de todo lo que en la Iglesia militante convenia obrar y disponer el poder divino. Conoció las razo-

¹ Eccl. xxiv, 24. — Cant. iv, 9. — ³ Prov. xxxi, 11.

(*) Véase la nota XI. — ⁴ Sap. xi, 21.

nes secretísimas de todas estas obras; cuáles y cuántos apóstoles convenia padeciesen y muriesen antes que ella pasase desta vida; los trabajos que convenia padeciesen por el nombre del Señor; las razones que habia para esto, conforme á los ocultos juicios del Señor, y predestinacion de los Santos; y que así plantasen la Iglesia, derramando su propia sangre, como lo hizo su Majestad y Redentor, para fundarla sobre su pasion y muerte. Entendió tambien que con aquella noticia de lo que convenia padeciesen los Apóstoles y seguidores de Cristo recompensaba con su propio dolor y compasion el no padecer ella todo lo que deseaba; porque era inescrutable en ellos este momentáneo trabajo para llegar al eterno premio que les esperaba¹. Para que la gran Señora tuviese materia de este merecimiento mas copiosa, aunque conoció la breve muerte de Santiago que habia de padecer, y la prision de san Pedro al mismo tiempo, no le declaró entonces la libertad de las prisiones de que sacaria el Ángel al Apóstol. Entendió asimismo que á cada uno de los Apóstoles y fieles concederia el Señor el linaje de penas y martirio proporcionado con las fuerzas de su gracia y espíritu.

317. Y para satisfacer en todo á la caridad ardentísima de esta purísima Madre, la concedió el Señor pelease sus batallas de nuevo con los dragones infernales, y alcanzase de ellos las vitorias y triunfos que los demás mortales no podian conseguir; y que con esto les quebrantase la cabeza y confundiese en su arrogancia, para debilitarlos contra los hijos de la Iglesia y quebrantarles las fuerzas. Para estas peleas la renovaron todos los dones y participacion de los divinos atributos, y todas tres Personas dieron á la gran Reina su bendicion. Y los santos Ángeles la volvieron al oratorio del cenáculo en la misma forma que la habian llevado al cielo empíreo. Luego que se halló fuera de este éxtasis, se postró en tierra en forma de cruz, y pegada con el polvo con increíble humildad, y derramando tierernas lágrimas, hizo gracias al Todopoderoso por aquel nuevo beneficio con que la habia favorecido, sin haber olvidado en él los cariños de su incomparable humildad. Confió algun rato con sus santos Ángeles los misterios y necesidades de la Iglesia, para acudir por su ministerio á aquello que era mas preciso. Parecióle conveniente prevenir en algunas cosas á los Apóstoles y alentarlos, animándolos para los trabajos que les causaria el comun enemigo; porque contra ellos armaba su mayor batería. Para esto habló á san Pedro, á san Juan y á los demás que estaban en Jerusalem, y les dió aviso de muchas

¹ II Cor. iv, 17.

cosas particulares que les sucederian á ellos y á toda la santa Iglesia, y los confirmó en la noticia que ya tenia de la conversion de san Pablo (*), declarándoles el celo con que predicaba el nombre y ley de su Maestro y Señor.

318. Á los Apóstoles que ya estaban fuera de Jerusalem, envió Ángeles, y tambien á los discípulos, para que les diesen noticia de la conversion de san Pablo, y los previniesen y alentasen con los mismos avisos que la Reina habia dado á los que estaban presentes. Señaladamente ordenó á uno de los santos Ángeles diese noticia á san Pablo de las asechanzas que contra él trazaba el demonio, y le animase y confirmase en la esperanza del favor divino en sus tribulaciones. Todas estas legacias hicieron los Ángeles con su acostumbrada presteza, obedeciendo á su gran Reina y Señora, y se manifestaron en forma visible á los Apóstoles y discípulos, á quien los enviaba. Para todos fue de increíble consuelo y de nuevo esfuerzo este singular favor de María santísima; y cada uno la respondió por medio de los mismos embajadores, con humilde reconocimiento, ofreciéndola morirían alegres por la honra de su Redentor y Maestro. Señalóse tambien san Pablo en esta respuesta; porque su devocion y deseos de ver á su Remediadora y serle agradecido, le solicitaban para mayores demostraciones y rendimiento. Estaba entonces san Pablo en Damasco predicando y disputando con los judíos de aquellas sinagogas, aunque luego fué á la Arabia á predicar; y de allí volvió otra vez á Damasco, como diré adelante¹.

319. Santiago el Mayor estaba mas léjos que ninguno de los Apóstoles; porque fué el primero que salió de Jerusalem á predicar, como dije arriba²; y habiendo predicado algunos dias en Judea, vino á España. Para esta jornada se embarcó en el puerto de Jope, que ahora se llama Jafa. Y esto fue el año del Señor de treinta y cinco, por el mes de agosto, que se llama Sextil, un año y cinco meses despues de la pasion del mismo Señor, ocho meses despues del martirio de san Estéban, y cinco antes de la conversion de san Pablo, conforme á lo que he dicho en los capítulos XI y XIV de esta tercera parte. De Jafa vino Jacobo á Cerdeña; y sin detenerse en aquella isla, llegó con brevedad á España, y desembarcó en el puerto de Cartagena, donde comenzó su predicacion en estos reinos. Detúvose pocos dias en Cartagena, y gobernado por el Espíritu del Señor, tomó el camino para Granada, donde conoció que la mies era copiosa, y

(*) Véase la nota XII.

¹ Infr. n. 375. — ² Supr. n. 236.